N.o 43

Precio

20 Cts.



Organo de la Unión Local de los Trabajadores Industriales del Mundo (I. W. W.)

Adheridos a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Acción Directa

Correspondencia de Redacción A. TRIVIÑO
De Administración: Benjamín Piña. Casilla 5015.

SANTIAGO, (CHILE) OCTUBRE DE 1926.

13 de Octubre 1909

Con ocasión de la inauguración del monumento a Francisco Ferrer en Bruselas en el año 1911, Wiliam Heaford pronunció el siguiente discurso:

He venido, pues, a Bruselas, para atestiguar solemnemente el entusiamo con que nuestra sociedad y los libre-pensadores ingleses de todos los matices se asocian a la soberbia manifestación de hoy en honor del glorioso martir del Libre, pensamiento y de la educación racionalista, Franciso Ferrer.

Aunque apática, de ordinario, a los requerimiento de los grandes apóstoles de ideas nuevas, Inglaterra no ha dudado, al enterarse del inconcebible asesinato de Monjuich, en reconocer que el resto del mundo civilizado que el sólo crimen que valía a Ferrer el ultraje de la prisión, de la muerte premeditada e injusta, del robo de los bienes, era el haber fundado la Escuela Moderna, era haber hecho germinar las inteligencias emancipadas en el santo desierto del analfabetismo de la España católica, analfabetismo tan pru dentemente mantenido por clericales y gobernantes, a fin de explotar mayor la ignorancia del pueblo español.

En presencia de la protesta mundial surgida por el asesinato del 13 de Octubre, los libre-pensadores organizados de Inglaterra, el presidente, los vicepresidentes y los miembros todos del «National Secular Society», se consideran honradísimos en asociarse a sus hermanos y hermanas que han inaugurado el hermoso movimiento que, de día en día, se acentúa más y más en todos los países y entre todos los intelectuales de todas las clase sociales en favor de Ferrer y de su obra de saneamiento pedagógico.

Con hermosas jornadas de solidaridad internacional, como la de hoy, en presencia de la indignación justiciera de los intelectuales coaligados de todos los países y de todos los rangos sociales, puede entreverse que la humanidad tanto tiempo dividida por mezquinas rivalidades de raza y de religión, se aproxima a grandes pasos a la realización del bello sueño de Ferrer,—la paz internacional y la solidaridad mundial fundidas sobre el triunfo definitivo de la razón en la vida del individuo y en la organización científica de la socie dad.

Permitidme ahora que os hable de la Escuela Moderna, esta bella creación de Ferrer, cuya luminosa aparicion aterrorizó a los buhos del oscurantismo,

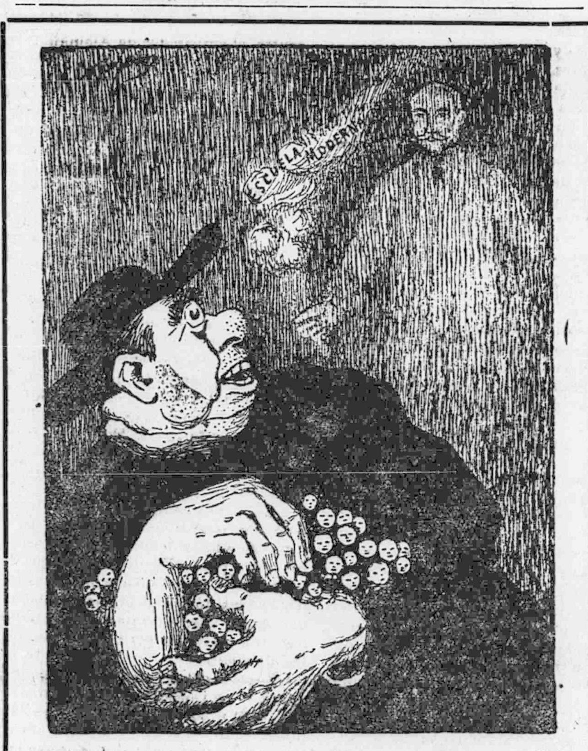
Ella sembraba en el suelo de España nuevas escuelas; ella hacía germinar en miles de corazones un nuevo entusiasmo hacia lo bueno y lo bello; ella serenaba el horizonte, tan nublado en otros tiempos, de la democracia española; ella arrancaba, en fin, al niño de las garras de los curas, la única separación que es eficaz y fecunda para la humanidad del porvenir.

He dejado de negar la posibilidad del milagro desde el día que ví de cerca la obra llevada a cabo por Ferrer, prodigando su pequeña fortuna fructificada por su rico entusiasmo. Soberbios libros—editó más de 45 bellas revistas y boletines iban,a formar bien pronto una enciclopedia nueva de educación, pero de una educación emancipada de todosnobismo ortodoxo.

Se que Ferrer unía a la modestia la grandeza de alma, que deseaba eleminar su personalidad en su obra pedagógico. Sé también que no quería el tributo de los monumentos y de las manifestaciones populares. Se todavía que en su tumba ensan gre nt borde del mar, a la sombra de las rocas de Montjuich no espera de nosotros los honores póstumos que él tenía de manera exagerada y puritana, talvez a caso por cierta influencia de nuestra Inglaterra.

Pero, después de su muerte, Ferrer y su causa dependen naturalmente de sus discípulos. Es muy difícil, por no decirlo imposible, separar una causa de sus protagonistas. Reevindicar la causa de la Escuela Moderna, es reevindicar a Ferrer y su carácter. Un homenaje á su personalidad se convierte en condición inevitable de la continuación de su obra.

Hay crímenes que no deben perdonarse; crímenes que no se olvidan jamás; hay nombres que marcan etapas decisivas en la historia de la Humanidad, como los de Sócrates, de Hypathbie, de Giordano Bruno, de Miguel Servet, que están grabados para siempre en los bastos de la civilización, y de los que la Humanidad indignada y reconocida deberá, durante todos los siglos, en todos los lugares y en todos los corazones, celebrar los grandes ejemplos. Entre estos seres porta-estandartes en la gran batalla para el Bien, para la verdad y para la Belleza, nuestros hijos colocarán la sublime figura del fundador de la Escuela Moderna, del hombre heroico que representa para nosotros el ideal de la evolución social basada en la mentalidad emancipada de los niños y fructificada por las inteligencias libre de todos los hombres y de todas las mujeres de corazón.



¡Dejad que los niños vengan a mí! Dicen que dijo con su dulce voz el pastor de Galilea que soñaba redimir a los hombres con su verbo de amor.

¡Dejad que los niños vengan a mí! Remedando al Cristo, dicen los hombres de sotana; pero en ellos las dulces palabras del maestro se tornan en un escalofriante silbido de víbora ansiosa de evacuar en el cerebro puber del niño las larvas infecciosas del fanatismo clerical.

Y fué Ferrer, el que con su antorcha luminosa y quemante pretendió incenerar el cubil de víboras en defensa de las víctimas fáciles, cogidas en las aulas escolares por los sembradores de sombras y dogmas. ¡Y Ferrer fué al patíbulo por tamaña culpa! Y Ferrer fué al patíbulo por defender al niño de los que quieren sembrar en su cerebro limpio, puro, ingenuo, las infecciones morbosas de los dogmas, prejuicios políticos, patrióticos, religiosos. Y Ferrer fué al patíbulo porquè luchó por traer al cerebro del niño: luz de verdad, luz de ciencia, luz de amor...!

Mirad la faz del hombre negro ante la visión luminosa del defensor de la infancia! Y tú que me lees ¿dónde has ido, qué has hecho en defensa de la integridad del niño?

¡Mirad el gesto diabólico ante la visión que avanza a arrancar de las uñas las víctimas tiernas y blancas!—Juan Pueblo.

LITERARIAS

EL AVE DE RAPIÑA

En su gabinete, enteramente tapizado de verde, medita el juez de instrucción mientras espera al acusado que debe comparecer.

¿Quién reconocería en este magistrado de aspecto grave, de rostro severo y de porte acompasado al estudiante de derecho que cierta tarde, hace algunos lustros, peleara contra los agentes de la autoridad a quinientos metros apenas del edificio en que hoy ejerce sus funciones siniestras?

Todo eso está tan lejos que si se preguntase ahora sobre ello a este austero representante de la justicia, no lo recordaría sino de un modo vago, impreciso. ¿Trátose de un profesor cuyas opiniones políticas desagradaban a los tabarristas de derecho romano o de legislación nacional de aquel tiempo? ¿O bien fué con motivo de alguna manifestación que pareciera excesivamente tumultuosa a los celadores de la circulación pública en el Barrio Latino? Los alborotos, las infracciones a la moral, los «sablazos» a la familia, las reprimendas de los profesores, los camaradas de café, algunos de los cuales, ya abogados o colegas, suele encontrar ahora en los pasillos de la Audiencia, toda aquella turbulenta existencia del *Boul' Mich'* no es más que un pasado lejano enterrado bajo el polvo de las causas cuyas piezas ha examinado meticulosamente, como cumple al trabajador concienzudo que se jacta de ser.

En su gabinete, enteramente tapizado de verde, medita el juez de instrucción mientras espera al acusado que debe comparecer.

Pero el juez de instrucción no medita a la manera de los poetas, de los matemáticos o de los religiosos. No es un soñador, ni un sabio, ni un artista. No desea el progreso de ninguna causa; no persigue la conquista de un ideal, ni siquiera la de un ideal individual. No es un hombre ni un superhombre. Es un engranaje, un formidable engranaje de una máquina aún mas formidable que se llama Justicia y cuya misión consiste en tomar a los seres humanos en «estado de libertad»—como se dice en el lenguaje judicial—para enviarlos a la cárcel, al presidio o al patíbulo. Su labor consiste en llevar al acusado ante el tribunal, después de haber acumulado contra él todas las pruebas o testimonios susceptibles de demostrar que es culpable, es decir que ha infringido en un punto cualquiera de las ficciones morales o económicas en que descansa el edificio de la sociedad. Tiene por oficio conducir al prevenido hasta la barra de la Audiencia para, una vez allí, entregarle a los que le condenarán en vista de las piezas que él ha preparado con este fin especial.

El juez de instrucción reflexiona sobre la actitud del que va a comparecer ante su presencia. Sabe demasiado que se trata de un duelo —pero no con armas iguales, revólver o escopeta en mano, por ejemplo, no un duelo leal a la manera de asesinos y ladrones—de un duelo en que la astucia y la impudicia desempeñarán el primer papel. Porque él, representante de la probidad media y de la honradez corriente, no vacilará en recurrir a la duplicidad y a la hipocresía. Empleará todos los medios confesables o no, para conseguir sus fines. Desea la posesión moral de su presa y se recrea viéndola arrastrarse jadeante y vencida. De su parte se hallan todas las ventajas: una práctica constante, una vida normal, la seguridad del mañana. Todas las desventajas abruman a su adversario, el cual, desde hace ya semanas o meses no ha visto el sol sino a través de las rejas de su celda; el desgraciado vive anormalmente y la incertidumbre del porvenir le obsesiona. Si es audaz, su valentía no le sirve para nada; si es hábil, su destreza es inútil: todos sus impulsos se ven destrozados, rotos por los cuatro muros de su calabozo. Languidece en la ergástula, y los días que transcurren entre cada una de las comparecencias le parecen interminables, infinitos como siglos.

El juez se pregunta qué procedimientos deberá emplear para vencer la última resistencia y lograr la confesión.

Será cariñoso como una gata, fascinador como una serpiente, brutal como un oso, taimado como una hiena. Será el cuervo que cae sobre su víctima angustiada o el tigre que la deja pasar para mejor saltar sobre ella. Aparecerá a veces dulce y paternal y otras su mirada será dura y su voz amenazadora. Para que el paciente ceda, él, el juez, el representante supremo de la moral convencional pisoteará todo lo que la educación cívica presenta a los ciudadanos como virtuoso, honorable, digno de admiración. Si es preciso, atribuirá declaraciones inexactas a cómplices reales o supuestos. Invocará falsos testimonios atribuyéndolos a lo que el acusado tiene de más querido en el mundo: su compañera, sus hijos, su mejor amigo...

Y después de haber dejado al inculpado debatirse en un laberinto de negaciones ¡qué placer le produce presentar triunfalmente una pieza, una pieza desconocida, convincente que hace inútil toda resistencia, todo debate!

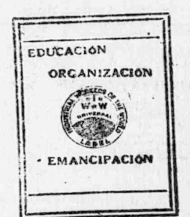
Cuando se trata de una comparsa, el juez medita los argumentos que le servirán para obtener la delación. La moral corriente condena, a pesar de todo, la delación y aún la educación de hombre de mundo del mismo juez se la hace despreciable. Sin embargo no titubeará en convertir en delator al sér humano que va a presentarse ante él. Afirmará que tal cómplice le ha acusado, precisamente el cómplice sobre quien desea obtener indicaciones. Mostrará a los jueces o al jurado predispuestos a la indulgencia, prometerá una atenuación de la acusación fiscal, hablará de absolución, de notas favorables en la causa. O bien, si el acusado permanece insensible, describirá la inexorabilidad del acusador público, insistirá sobre la inclemencia de los jueces o jurados para con los que se niegan a ayudar a la justicia.

Mentirá, burlará, engañará, volverá a la carga hasta que, cansada, agotada, la presa haya cesado de resistir y se resigne a aceptar la cárcel, el presidio, quién sabe si el patíbulo.

Y todo eso es lo que medita el juez (el antiguo, recalcitrante alumno de derecho) mientras que entre dos guardias, con esposas en las muñecas, el acusado llega. Nadie le reprochará la mentira y la hipocresía que son la razón de ser su carrera de magistrado íntegro e impecable. Sabe que podrá ascender, ser felicitado y condecorado, llegar a magistrado de Audiencia y quién sabe si del Tribunal Supremo, sin que nadie se atreva a reprocharle nunca los sollozos de aquellos cuya vida ha destrozado con inconcebible sangre fría, sin que nadie ose echarle en cara las torturas inflingidas a aquellos que su intervención cruel, razonada, ha separado de los hombres o mujeres a quienes se sentían unidos por una afinidad moral, intelectual, sentimental, por una afinidad cualquiera...

E. ARMAND.





Difícilmente se encontrarán tres palabras cuyo significado y alcance se ajusten más a lo que debe ser una sociedad obrera revolucionaria.—Organización, Educación, Emancipación. Estas tres palabras en conjunto y cada una de por sí abarcan todo un programa, todo un sistema, toda una filosofía.

No es posible, ni creo que persona sensata espere ver la realización de la emancipación integral de la humana especie sin organización y educación. No es posible ni concebible una sociedad verdaderamente libre, entre gente no educada. La educación es imprescindible para vivir la vida sin amos y sin gobiernos. La organización es necesaria para la marcha de la sociedad, para el desarrollo del individuo, para la vida misma. Y aplicando el término a la cuestión obrera, la organización es necesaria para recabar mejoras y conservarlas, para adiestrar a los organizados en la lucha cotidiana a modo de preparación para cuando tengan que valérselas prescindiendo de sus amos. Sin organización es imposible la vida moderna, y sin organización en las masas trabajadoras, en los que aspiran a vivir una vida mejor, a cambiar de sistema social, no se logrará obtener sino triunfos efímeros, infructuosos, y hasta cierto punto contraproducentes. He aquí por que los tres términos—organización, educación, emancipación—se complementan, porque nada perdurable, de valor, se podrá alcanzar si no se tiene todo en cuenta.

¿De qué sirve una organización obrera que no eduque a sus miembros, que no tenga miras a la emancipación? Tal organización logrará mejoras momentáneas y éstas serán limitadas por lo que los adelantos de la maquinaria, medios de distribución, etc., permitan al capital ceder a las demandas obreras sin arriesgar la marcha de los negocios. Un capitalista, si quiere continuar siéndolo, no puede ceder más que a una parte de las demandas obreras, es decir, no puede ir más allá de lo que permita su ramo o industria, so pena de quebrar. De ahí que generalmente el obrero no puede esperar otra mejora material que la que indirectamente le proporcione el desarrollo de la maquinaria de producción y de distribución; y la única esperanza de una mejora positiva y real es mediante la posesión de los medios de producción y distribución por el obrero mismo, aboliendo la competencia y las clases sociales. Por eso las asociaciones obreras conservadoras que aceptan en principio el orden de cosas actual nunca lograrán alcanzar el bienestar de la clase trabajadora, pues no avanzan en tal dirección sino como la mula de noria que da vuelta tras vuelta en el mismo círculo.

La verdadera asociación obrera debe educar al trabajador en un amplio espíritu de libertad, en un espíritu de emancipación si sus componentes esperan y desean que el trabajador sea algún día libre y dueño de sus destinos y de los destinos del mundo.

No basta, tampoco, estar asociado en una organización obrera revolucionaria cuyo revolucionarismo consista solamente en cuatro frases escritas en declaraciones de principios o en estatutos. Las palabras deben ir ligadas a los hechos.

No es posible emancipación sin educación. Quizás ayudados por circunstancias excepcionales logren los obreros derrocar el sistema capitalista; pero si no están educados volverán irremisiblemente a la esclavitud, quizás bajo diferente nombre, tal vez con ciertas mejoras morales o materiales, pero esclavitud a fin de cuentas.

La emancipación no será una realidad mientras la masa obrera permanezca ignorante. Por eso es que todo hombre que aspire a ver a la humanidad libre y feliz debe ayudar a los obreros a organizarse y educarse en la seguridad de que así los ayudará a emanciparse, te-

niendo presente que es necesaria la organización para lograr algo de provecho y que es imprescindible la educación para conservarlo e impedir que los esfuerzos de los que trabajan y luchan sean frustrados por los «vivos» que siempre están al acecho de fáciles víctimas.

En la organización reside la fuerza de los obreros para recabar mejoras, para adiestrarse con miras al futuro, hacia una convivencia fraternal, que ha de suplantar el sistema de la esclavitud del salario. Con la educación, el obrero se eleva intelectualmente y aprende a conocer cuales son sus derechos y sus deberes, aprende a respetar el derecho de los otros, la libertad ajena; aprende a cumplir con sus deberes y a no poner obstáculos para que los demás cumplan con los suyos. En la educación reside la aspiración de una vida más humana, en armonía con los dictados de una conciencia libre de prejuicios; de una conciencia donde haya cabida para el espíritu de tolerancia, de justicia, de amor para el prójimo.

La emancipación encarna la realización de los bellos sueños de los grandes pensadores que vislumbraron para la humanidad una sociedad hermosa, libre, justa y feliz—una sociedad donde no exista la mentira, donde no haya niños que lloren por falta de pan o amor, ni madres que se prostituyan por hambre, ni seres sin albergue—donde la justicia sea la norma, y la felicidad una realidad palpable. Y la emancipación vendrá so amente cuando la gran masa trabajadora, ese Prometeo encadenado, se organice y se eduque y por la fuerza de la razón y la razón de la fuerza establezca sobre la tierra el reinado de la justicia y la libertad.

ONOFRE DALLAS.

ANA BANKER A MUERTO



La vida, esta perra y horrorosa vida que arrastramos en este regimen infestado de Sanchos, cretinos y beatas repugnantes, en un ambiente pútrido de fanatismos medioevales y farsas funambulescas, le amargaron la existencia y como lobos furiosos le arañaron, le mordieron, hasta enloquecerla, impulsándola a llevar a sus labios que musitaban palabras de optimismo y amor, la copa envenenada que cortó su preciosa existencia.

Sucumbió ante la brega de la incomprensión, de los humanos que ella quería hermanarlos con los lazos del amor, libre de dogmas, prejuicios y farsas.

Para quienes no escucharon su palabra cristalina de sinceridad va una entrevista que le fué hecha a raiz de su exposición sobre el amor libre en una convención del año 1925.

Ello, es más elocuente que todo lo que nosotros podamos decir, amargados por su muerte prematura y por su agonía por demás prolongada y dolorosa.

LUIS PIRSON.

Entró a nuestra redacción una mujer joven, de agradable presencia.

—Vengo, nos dijo, a ver si me quieren publicar una carta defensa. Me están atacando injustamente. Me están calificando como una mujer perdida.

—¿De qué se trata, señorita?

—Soy Ana Banker...

—¡Ah! la que presentó el proyecto sobre el libre acuerdo en la Asamblea de la Juventud Avanzada.

—La misma.

—Exponga, señorita, sus quejas. ¿Por qué fué a la Convención?

—Fuí a la Convención, nos contesta, convencida de que se dilucidarían ideas nuevas que tuvieran encadenamiento con la vida futura. Pero sucedió que en ella, como en todo lo que se debate, había dos corrientes, luchaban lo viejo y lo nuevo. Creo que las mujeres iban únicamente con la idea de alcanzar el voto político.

—¿Ud. no es partidaria del sufragio femenino?

—De ningún modo; no creo en la política. Ha sido en todos los tiempos la suma de la desmoralización. Las mujeres tenemos ya demasiadas cuestiones y equívocos en la vida.

—¿No cree en la política, en los parlamentos?

—No; los parlamentos han fracasado siempre; no creo tampoco en las leyes; pienso como Spencer, que sólo deben acatarse las leyes que la vida va forjando, no las que la comodidad de los hombres va fabricando.

—¿Y qué pensaron las mujeres de su voto?

—Ninguna me acompañó. Una dijo cuando yo hable del libre acuerdo.

—«Si existiera, el hombre nos tomaría sólo como hembras».

Contesté:

—Al contrario, el hombre para obtenernos, no iría a la feria del matrimonio.

Cuando se aprobó mi moción, los contrarios abandonaron la sala.

—¿Ud. cree que los hombres que la acompañaron sentían como usted.?

—Yo creo que serían muy pocos los que me comprendieron. Ellos entienden el amor libre en el sentido de que la mujer debe prodigarse, lo que en buen romance significa prostituirse.

—Es fuerte...

—Pero no hay otra expresión.

—¿Qué piensa usted de la organización de la familia a base de amor libre?

—Actualmente los hogares son desastrosos; las madres abandonan a sus hijos por cualesquiera banalidad mundana, quedan los pobrecitos en poder de extraños o mercenarios y claro, se crían amargados, desligados de lazos afectivos. Ahora, en la relación propiamente dicha de los cónyuges, no me quisiera mezclar porque la mentira constituída en matrimonio me produce malestar.

Si se tratara de describir la totalidad de escándalos matrimoniales, llenaríamos toda la prensa diaria y faltaría papel... Yo fuí una víctima del matrimonio por causa de mi franqueza y de mi lealtad, agrega tristemente.

—¿Qué piensa usted del amor?

—El amor no debe sujetarse a leyes dadas; nada hay que pueda abarcar su grandeza que es la base de la vida. El amor sólo armonizará con el amor.

Acepto el amor libre porque cuando se practique el libre acuerdo, no se destruirá la familia, como piensan los ciegos de alma, sino por el contrario, los prejuicios no tendrán expresión; las almas irán por afinidad a su encuentro, y terminará el tráfico de matrimonios de hoy. No comprendo cómo pueden cimentar o tratar de cimentar la vida sobre los prejuicios sociales y en el engaño mutuos.

Los teorizantes de la ley que estiman o que dicen estimar que ésta sólo debe aplicarse cuando una aspiración, cuando una necesidad social la pidan, no debieran concebir que la familia, esa sagrada institución que terminará con el mundo, pueda desaparecer si no hay una obligación imperativa que la sostenga. Es divertido que todo se haga por escritura pública.

—¿Y qué piensa de los ataques?

Piensa y contesta con serena resolución:

—Los ataques no detendrán mi evolución: yo no tengo la culpa de sentir y expresar con franqueza que aún no se concibe.

Que sigan atacando hasta que su propia ignorancia los aplaste; que sigan con los ojos cerrados hasta que tropiecen y caigan para no levantarse más. Yo seguiré ahondando, vibrando mis propios dolores, viviendo como viven las plantas... Haré un mundo para mí, un mundo que estará dentro mí y que también brillará exteriormente. Admiraré a la especie humana, como un naturalista ama a una especie,—no hay otra palabra,—de seres perfeccionados. Y esperaré...

Lo que esperare, no lo sé. Mi esperanza también estará en mí. Llegaré a bastarme a mí misma.

—¿No habrá demasiada literatura en este sentir?

—¿Literatura? La vida es un canto de amor, sus aspiraciones deben expresarse bellamente, mejor que lo que yo puedo...

—¿Usted tiene un hijo? ¿Qué piensa hacer de él?

—Quiero hacer de él un hombre en el sentido más alto de la expresión. A mi hijo le dí mi sangre; pero no basta, quisiera apartarlo de todo lo que lo pudiera manchar, aligerarle el camino, conducirlo por mi senda de mujer libre; quisiera, en fin, que tuviera una enorme comprensión, que fuera mi quimera hecha sér y que llegara a ser un redentor... El redentor de un nuevo Evangelio de libertad sin trabas y de amor... de amor.

Terminó Ana Banker, su figura era serenamente dolorosa, su voz vibró emocionada y sus pupilas miraban lejos.

—Esto es lo que quería decir a los que me atacan, quería darles una explicación, la única ya que no harán jamás ningún esfuerzo por comprenderme. Ya se lo he dicho, en el futuro no me defenderé, no voy yo a devolver dicterio por dicterio, sarcasmo por sarcasmo. Yo, que creo en el amor.

Lecciones del Maestro Ciruela

ACCIÓN DIRECTA.—El método de lucha del proletariado mundial organizado revolucionariamente es la *acción directa.*

Esta forma es contrariaa la acción legalitaria, reformista, colaboracionista, es decir, indirecta.

Los obreros que practican la accióndirecta no aceptan las leyes llamadas sociales, porque, en primer lugar, las leyes, aunque se llamen *protectoras del trabajo* son pensadas, elaboradas, dictadas y puestas en vigor por una clase social distinta de la clase proletaria, e inspirados por un criterio autoritario, soberbio, envilecedor y por lo tanto no reflejan los intereses ni las aspiraciones de los trabajadores.

Los que hacen las leyes son los legisladores, y éstos no salen de la clase obrera, y si salen de ella es-

tán al servicio de las castas dirigentes y poseedoras, a quienes conviene que los trabajadores vivan siempre en estado de dependencia para perpetuar aquellos su dominación y el goce exclusivo de la riqueza.

La ley — dicen los partidarios de la acción directa, por boca de uno de sus teóricos, Kropotkine, —es un producto relativamente moderno, que no es indispensable para que los hombres puedan entenderse entre sí, bastando para esto el común acuerdo libre entre los individuos que forman parte de una sociedad determinada. La ley no simplifica ni facilita el trabajo, la inteligenciación colectiva, sino que la entorpece y la embrolla y de las cosas más simples y más obvias hace un laberinto inexplicable, enredándolo todo y haciéndo imposibles aún las mismas cosas que se propone realizar.

Aplicada a los conflictos entre el capital y el trabajo, las leyes jamás han podido resolver en forma satisfactoria ninguna de las divergencias en que les ha tocado intervenir, y todas sus resoluciones han sido depresivas, para los trabajadores, porque han negado de una manera indirecta o explícita, el derecho de huelga que los trabajadores han llegado a hacer respetar después de largos años de luchas, sacrificios y persecuciones.

En virtud de estos principios los sindicalistas revolucionarios dirimen todos sus conflictos con los capitalistas, procediendo «de potencia a potencia», sin admitir ninguna intervención de personas o instituciones que no sean parte en el litigio; accionando *directamente*, y por sus medios propios.

De lo dicho se desprende que los partidarios de la acción directa rechazan el *arbitraje* de los amigables componedores, tanto como la presión de las autoridades, porque no tienen confianza en ningún elemento que esté al margen de las fuerzas en conflicto. Sólo en el caso de *fuerza mayor*, de imposibilidad de continuar en la contienda, como cuando en guerra, dos potencias beligerantes que no han podido definir su situación, someten su diferencia a una tercera potencia o a una convención de potencias, entonces solamente los sindicalistas revolucionarios aceptan alguna fórmula de conciliación, pero esto después de consultar solemnemente a los trabajadores que han entrado en el conflicto.

Por otra parte, los partidarios de la acción directa no creen en la eficacia de las leyes como elementos de transformación social en el sentido de establecer la equidad en las relaciones humanas. Por muy bien meditadas y bien inspiradas que sean las leyes—dicen— al ponerse en vigencia lesionan muchos intereses contrarios, que son poderosos, los cuales dificultan su aplicación, y sus disposiciones quedan letra muerta, más, multiplican los funcionarios gubernamentales en actividades burocráticas, parasitarias y costosas siempre. De manera que para que una ley produzca los buenos frutos que se tuvieron en vista al dictarla debe haber entrado primeramente en las costumbres; y cuando las costumbres se han reformado, modificado y perfeccionado en un sentido de progreso y de justicia, las leyes que vengan a autorizarlas son completamente inútiles.

SILUETAS DE AGITADORES

JUAN MOST

Los que conocen lo que escribió este fuerte propagandista, especialmente el folleto «La Peste Religiosa», publicado en todas las lenguas y muy difundido en todos los países, querrán conocer su vida accidentada y totalmente consagrada a la lucha.

Nació el 5 de Febrero de 1846, en Augsbourg (Baviera). Su padre era empleado público. En el invierno de 1853-54 tuvo un gran resfriado, que le formó una hinchazón enorme en la mejilla izquierda. Mal cuidado, empeoró y necesitó en 1859, una operación, que lo mejoró pero lo dejó desfigurado, aunque la barba le tapaba algo.

A los 10 años perdió su madre, mujer muy inteligente. La futura madrastra, en cambio, hizo muy dura la vida al niño Most, tanto que deseó abandonar la casa paterna.

Cuando tuvo 14 años entró de aprendíz a casa de un encuadernador, que lo explotó, haciéndolo trabajar, en verano, desde las 5 hasta ocultarse el sol y en invierno hasta muy tarde. En esta época, aspiró al teatro, pero por su defecto no pudo seguir esta carrera.

Una ley de Baviera obligaba a los jóvenes, hasta los 18 años a pasar las tardes del Domingo en la iglesia. Most se negó a esto, arrastrando a otros en esta desobediencia. Por esto fué detenido 24 horas y castigado corporalmente por su maestro.

Terminado su aprendizaje, partió al extranjero, cruzando a pie Italia, Alemania, Austria, durmiendo casi siempre a cielo raso.

Su primera manifestación netamente socialista fué en Mayo de 1869, hablando en un mitin público de Viena, donde su lenguaje franco le valió un mes de cárcel.

El 2 de Marzo de 1870 fué arrestado de nuevo en Viena, acusado de «alta traición», y condenado a 5 años de reclusión, con un día de ayuno al mes. Una amnistía lo libertó con otros 93 presos políticos, el 9 de Febrero de 1871. Millares de obreros lo esperaban a la salida y fué llevado en hombros y después de un gran mitin, fué designado para una jira de conferencias por toda la monarquía.

Vuelto a Viena, a fines de Abril, la policía le notificó la expulsión.

Vuelto a Alemania, Most se unió al movimiento más avanzado, no faltándole ocasión de defender la Comuna de París, que acaeció en esa época. El 3 de Junio de 1871, tomó la redacción de un diario en Chemnitz, (Sajonia), trabajó día y noche y fué envuelto en varios procesos. El 26 de Enero de 1873 fué condenado a 8 meses, por un discurso. El 10 de Enero de 1884 fué elegido diputado al Reichstag, en Chemnitz; pero jamás obtuvo la palabra, en todo el periodo, que le fué negada sistemáticamente.

Por un discurso sereno, el 18 de Marzo de 1874, sobre la Comuna, fué encerrado 19 meses. Después de su liberación, 1876, publicó un diario en Berlín y dió conferencias en todos los pueblos de Alemania y Suiza.

A raiz del atentado de Hoedel contra el emperador de Alemania (11 de Mayo de 1878) Most fué arrestado durante 5 meses. Por consejos de amigos, dejó en seguida Alemania y fué a Londres y más tarde a Estados Unidos. En Londres fundó el primer diario anarquista en lengua alemana, «La Freiheit», (Enero de 1879) que ejerció gran influencia en el movimiento revolucionario de aquel tiempo.

Pasando por París conoció a Victor Dave, discípulo de Proudhon. Volvió a verlo en Londres y evolucionó al Anarquismo bajo su influencia.

En «Freiheit» celebró mucho el atentado al Zar Alejandro II (Marzo de 1881) y por esto Most fué arrestado y condenado a 10 meses de trabajos forzados. Durante su detención, Marten y Schwelm publicaron el diario; pero por numerosas confiscaciones lo trasladó a Suiza.

A su liberación, fué invitado para Estados Unidos a hacer jira de propaganda. Fué recibido con entusiasmo por muchos camaradas y levantó grupos anarquistas en todas partes, pues 6 meses después pudo fundar una federación potente.

Después del atentado del Hay Market, de Chicago (4 de Mayo de 1886) y del atentado de Czolgosz, en Búfalo, contra el presidente Mac Kinley, Most fué arrestado y condenado a largas penas de encarcelamiento, que cumplió en el presidio de Blakwells Island, bajo régimen de derecho común, no habiendo diferencia entre reos políticos y comunes.

A pesar de todas las persecusiones, la «Freiheit» reapareció. A causa del lenguaje franco y mordaz de Most, este diario fué la pesadilla de todos los gobernantes y de los adormecedores social-demócratas, que detestaban a este revolucionario ardiente y convencido. Most murió en Estados Unidos en 1906; pero su recuerdo vive aún en muchos corazones. Su ejemplo puede arrancar muchas energías parecidas a la suya, y el ideal al que dedicó su vida con tanta peseverancia.

Rodolfo Rocker publicó en Berlín un lbro sobre la vida de Most titulado «*La Vida de un Rebelde*» el que traducido al castellano muy pronto lo editará el diario anarquista *La Protesta* de Buenos Aires.

DOLOINO.

CRONICA

La Unión Local de San Antonio.—Los firmes y perseverantes camaradas de este puerto sufren los más descabellados caprichos de algunas autoridades. Pretenden que se les pida permiso para celebrar actos públicos que la Constitución Política del país que ellos están encargados de hacerlas respetar y cumplir autorizan el derecho de reunión como facultad, como derecho privativo del pueblo de REUNIRSE SIN PERMISO PREVIO SIN ARMAS.

Nuestros camaradas deben pues estar alertas para defender y alentar en esta contienda, a los compañeros de la I. W. W. de San Antonio.

La Ley estafa 4054.—Una de los burocráticas secretarias de el mamotreto ha estallado en forma imprevista, a media noche explotó, tronó.

Como hábiles petardistas, los señores encargados de administrar los fondos han querido con esto celebrar sus triunfos.

Pues no es para descorazonarse la caja de la ley 4054 ha cobrado ya en descuentos de salarios la bonita suma de *6 millones de pesos ¡óiganlo bien!* seis millones de pesos. Y tiene en dinero efectivo en caja la *bonita* suma de $ 600,000 seis cientos mil pesos....

Así pues; no es nada lo que falta, no es nada lo que se ha enredado en las uñas de los administradores de la ley, no es nada más que 5 millones 400 mil pesos que se han tirado en cinco a los pollos!

Quizás algún empleado en un rapto de locura de honradez a prendido el cohete con el fin de auyentar a los pericotes uñados que amenazan arrastrar hasta con el número 4054 de la ley 4054.

He aquí la explicación más científica del tronar de la oficina de la caja.

¡Y hay sin embargo, trabajadores que continúan aportando dinero al saco roto!......

La prisión del compañero Barrientos en Rancagua—El acusador don Ramón Saso, demócrata, candidato perpétuo en ese pueblo, pretende ahora que Barrientos le pague el prestigio y la honradez que nunca tuvo como costas de la confabulacion que ha hecho contra nuestro compañero por haberle dicho que había traicionado en 1913 el movimiento huelguista del Mineral El Teniente, hecho que todo el pueblo de Rancagua sabe y conoce hasta con detalles.

Imp. "La Economía" San Pablo 1478